

Presencia de un hombre tímido

□ Admite que de niño fue pedante

□ "El filósofo sólo puede ayudar a clarificar los problemas vividos. Plantea mejor los problemas que la gente vive, pero nos los resuelve"

□ Gran anhelo: tiempo para escribir

A Jorge Millas se le podría describir como ilustre desconocido.

Ilustre, por la forma en que sus escritos son estudiados y citados, dentro y fuera del país; desconocido, por cuanto pocos leen libros de filosofía y su nombre sólo trasciende el ambiente universitario en escasas ocasiones.

También se le podría representar como el último nómada. Sus fines de semana los pasa en una parcela de Buin; luego alterna una semana en Valdivia, como decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de la U. Austral, con otra en Santiago, como catedrático de Filosofía del Derecho en la "U" e integrante de una reciente comisión, asesora del Gobierno en materia de cultura, donde representa al Consejo de Rectores.

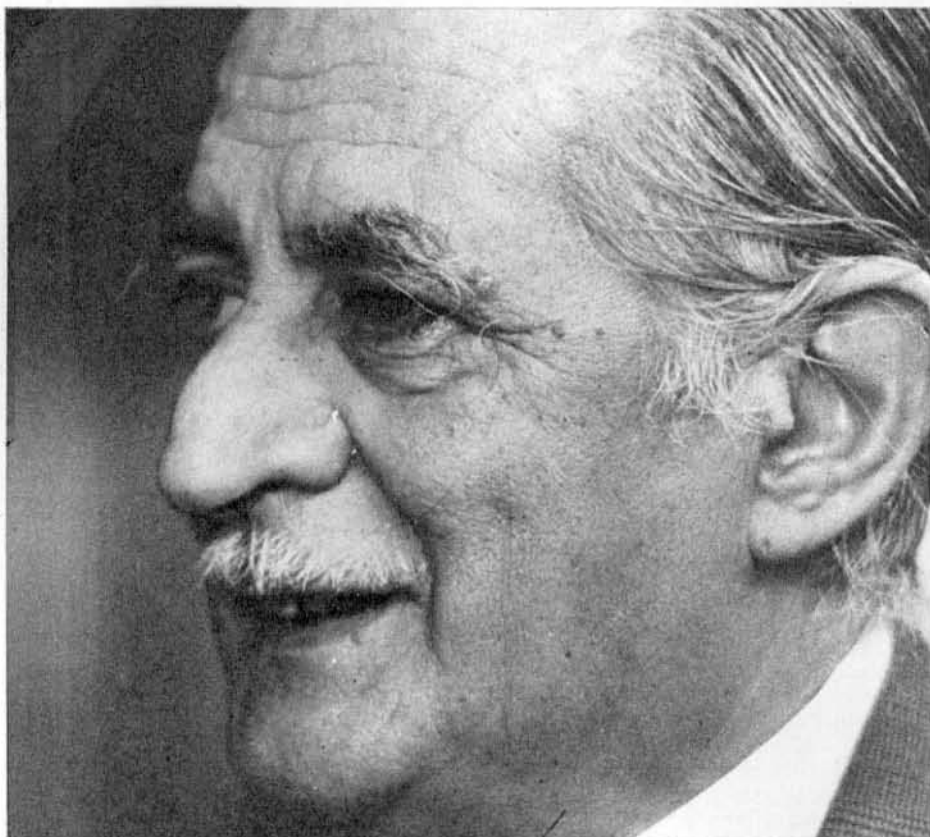
Pedante

Las raíces de los hombres están entroncadas en su infancia y adolescencia. Jorge Millas, de niño, era tímido, jugaba poco, llevaba una vida muy reclusa; en su casa no se estimulaban las visitas.

Del barrio Avenida Matta llegó, a los nueve, a San Bernardo, lugar que en 1926 era un rincón provinciano y no un suburbio de la capital. Su padre, contador, había comprado una farmacia y puesto fin a la viudez mediante un segundo matrimonio. Mientras tanto, en la escuela y después en el liceo de San Bernardo, Jorge conoció los halagos del niño mimado por sus profesores; era alumno brillante y, constantemente, el primero de su curso. Se envaneció bastante:

—Así se generó en mí una considerable pedantería. No agresiva, pero vanidosa y de autosuficiencia. Además, desde pequeño tuve la vocación de segregarme de grupos. De eso me curé un poco, aunque en forma muy dolorosa, cuando —a los doce— llegué al 4º año de humanida-

Hugo Donoso



ESCRITOR, FILOSOFO, PROFESOR

El no ser dogmático bien podría ser su mayor virtud

des en el Internado Barros Arana con esos arrestos de aire superior a cuestas.

Generó reacciones adversas y tuvo sus contratiempos. Por ejemplo, en un *calducho*, el profesor Manuel Rodríguez (apodado *El Barrabás* y padre de Pablo Rodríguez Grez) preguntó de repente: "¿Hay alguien que sepa recitar?" "Millas, Millas", le respondieron y Jorge se adelantó ufano para recitar *Cruz del cementerio*, que tantos aplausos le había valido en el teatro de San Bernardo. Recitó, poniendo los ojos en blanco, alzando los brazos hacia el cielo, emitiendo múltiples suspiros. Cuando terminó, el profesor le dijo: "Mira, chiquillo, no recites nunca más en tu vida, porque lo haces muy mal".

En 5º año ya daba conferencias en el Internado. Sobre Freud, por ejemplo; lo presentó Nicanor Parra, el futuro antipoea, que también era alumno del establecimiento. Parra se alargó y se enredó tanto, que no quedó tiempo para la conferencia de Millas.

Cuando se presentó al Barros Arana,

casi no admitieron a Millas, por estimar que su estado físico no era compatible con la vida del internado. Siempre fue delgado (lo apodaban *el Mabatma Gandhi*) y Héctor Casanova Ochoa, otro compañero de aquellos días, sostiene que no era tanto tímido como cauteloso; que tomaba las precauciones propias de un niño pequeño frente a un ambiente bastante rudo.

En 5º año se le puso entre ceja y ceja ser marino: "Tal vez buscaba compensación por cosas que en el fondo me dolían, como mi insuficiencia física, o bien añoraba la imagen romántica del marino; incluso pudo haberme atraído el uniforme de la Escuela Naval. Aquello constituye una perplejidad en mis propios recuerdos."

Ante la enérgica oposición de su padre, las inquietudes navales se fueron a pique y pasó a 6º año: el buen alumno de siempre. ("Era estudioso, pero no *mateo* de los que se levantan a las cuatro de la mañana", recuerda Casanova.) Lefía con frui-

Pensamiento del filósofo

Algunas muestras del pensamiento de Millas. En primer término, frente a la cultura del país:

"Parte de la convicción que la cultura de un pueblo sólo puede ser un producto espontáneo, a través del cual se manifiesta no sólo la totalidad de su historia, sino la conciencia actual de sus problemas y sus expectativas y anhelos de vida futura.

"Esta espontaneidad que afina la cultura en la comunidad tiene órganos privilegiados de expresión: los escritores, artistas, hombres de ciencia y, en algunas culturas, también los profetas.

"De esto infiero que la cultura no puede ser dirigida, no puede ni siquiera ser orientada por el Estado. La expresión cultural de una nación tiene que ser libre, porque esta alma nacional a que me estoy refiriendo no es algo hecho definitivamente, sino al revés, algo que se va haciendo y que la nación va descubriendo a través de la experiencia histórica.

"Sin embargo, al Estado le corresponde una función muy importante: en lo negativo, desembarazar de especáculos la creación cultural, y, en lo positivo, crear todas las condiciones necesarias para que pueda manifestarse esa espontaneidad en la cultura, en una multitud de alumnos, profesores, administradores, organismos y servicios de todo carácter, lo que le da su actual carácter masivo."

Del libro "De la Tarea Intelectual" (1974):

♦ El miedo a la libertad de que tantas veces se ha hablado, es uno de los graves males de nuestro tiempo. Y tanto más grave, cuanto más sutil es para enmascararse y justificarse. Es, en efecto, uno de esos vicios capaces de simularse con su propia contraimagen, con la negación de sí mismo, asumiendo, por ejemplo, la forma del amor a la libertad y a la humanidad. Precisamente en nombre de la libertad (de una libertad sospechosamente llamada "real y verdadera") y en nombre de los intereses del hombre (también sospechosa y misteriosamente llamados "verdaderos"), se desconfía del pensamiento como tal, y se humilla, cuando no se aniquila, al escritor que se pone a su servicio. Siempre hay un pretexto para hacerlo: cuando no son los intereses de la patria, son los de la humanidad; cuando no son los del pueblo, son los del orden público; cuando no son los de la virtud, son los de la necesidad; cuando no son los de la tradición, son los de la revolu-

ción. Nunca falta el fetiche adecuado que destrone a la verdad —la verdad concreta que es siempre el bien real de cada hombre en su medio y en su hora— y exija condenar al escritor como un traidor o un sacrilego.

♦ Es también alarmante el grado en que los propios escritores suelen rendirse, con la mejor buena fe del mundo cuando son escritores auténticos, a este estado de cosas. Como las fuerzas confabuladas contra la inteligencia, que van desde la superstición hasta el poder político, pasando por el mercantilismo, les exigen conformidad como condición de subsistencia, llegan a veces a conformarse en grado sumo y se convierten ellos mismos en portavoces e instrumentos de un credo borreguil, que asigna al intelectual cualquier papel, menos el de la rebelión y el de la reconducción de la experiencia.

♦ ¿Será necesario decir lo que está en juego en medio de tales circunstancias? Porque no se trata sólo del pensamiento en sí mismo, ni de la verdad o la libertad en sí mismas, que no interesan como tales, sino como medio para hacer posible la humanización del hombre, que es único y auténtico bien en este mundo, y es esto lo que cabalmente importa. Si el hombre, como es fácil comprobarlo extendiendo nuestra mirada sobre la Historia, ha peligrado siempre, peligró hoy por modo particularmente inquietante. Y no tanto porque se halle amagada su supervivencia física —que lo está—, sino porque zozobra su condición espiritual, la identidad humana de la especie, de la que nuestra propia identidad individual depende. Y lo hace de muchas maneras, sobre todo bajo una forma condicionante de las demás: la mediación del hombre en cuanto fin ab-



soluta del proceso humanizador, por los fines relativos o medios que el propio hombre se da. En virtud de ella el ser humano es empleado como recurso no humano por el hombre mismo, para alcanzar los fines que algunos han elegido por cuenta propia en nombre del hombre en general.

♦ Las contiendas del presente por la justicia social nos advierten cómo puede degradarse el hombre con excusas de nobles fines, convirtiendo en virtud la indiferencia ante el sufrimiento humano, a pretexto de salvar al hombre del sufrimiento, y cómo es posible negar en su humanidad a ciertos hombres para que otros puedan imponer su particular concepción de las cosas humanas.

♦ Aquí en Chile, de una manera trágica, que a ningún espíritu libre puede dejar de anonadar, hemos despertado de un sueño: el sueño de una sociedad que, a pretexto de liberar al hombre de las injusticias materiales impuestas por la sociedad burguesa, lo somete a peores formas de servidumbre, amén de inducirlo a trocar los males ciertos del pasado por dudosos bienes del futuro. Es un ideal en cuya virtud millones de hombres en el mundo, después de renunciar a la ilusión del más allá teológico que los anestesiaba frente a los padecimientos reales de sus vidas, se han refugiado en la menos inspiradora ilusión de un más allá histórico que nunca llega. Resulta triste y cómico a la vez que la ciencia, invocada como fundamento de la revolución socialista, venga a parar a una suerte de superstición colectiva y al deleite de un nuevo consuelo escatológico.

♦ Pero el hombre es en lo espiritual un ser de tendencias oníricas, que a menudo despierta de un sueño para caer en otro o continuar viviendo sonámbulicamente. Y no estamos libres en Chile de inducirnos a otro sueño para librarnos de los desvelos de la necesaria vigilia. Otras ilusiones, otras consignas, otras escatologías pueden adormecernos, poniéndonos a soñar con símbolos inversos y engañarnos con el revés de la vieja ficción. Ya hay síntomas inquietantes de que eso podría ocurrirnos y de que, habiendo renunciado a embotar nuestra humanidad en nombre de ciertos fines relativos, comenzamos a embotarla con otros nuevos. Si la mayoría del país tuvo la clarividencia suficiente para reconocer la caída que amenazaba a nuestro ideal de vida libre, aunque imperfectamente democrática, conservémosla para que ese ideal no perezca en medio de sus inevitables contradicciones.

ción a Nietzsche y Ortega y Gasset: "Eran inquietudes filosóficas sin guía. Manoteaba al azar. En Nietzsche hacía muchas notas en los márgenes y sentía que su superhombre era yo."

Bohemia de barrio

En el Barros Arana, etapa decisiva en su formación, la anterior soledad se vio invadida por amigos y, por primera vez, se sintió integrado a una comunidad. En 1933, a los 16, se matriculó en la Escuela

de Derecho (exigencia de su padre) y en historia, en el Pedagógico (voluntad propia). Se quedó como inspector en el Barros Arana, pero al año lo echaron ("la única destitución de mi vida"). Trabajaba en la vicerrectoría, donde la caída no se produjo por sus atrasos, ni las manchas de tinta con que decoraba las planillas, sino por un accidente. Una tarde prestó la máquina de escribir a un mozo. A la mañana siguiente llegó tarde y su jefe ya había

dado cuenta del "robo". Sin embargo, en 1935 lo volvieron a contratar como inspector, esta vez de patio, lejos de tinteros, planillas y máquinas de escribir.

En esa época ya ejercía como bohemio de barrio. El grupo se reunía en un café de San Pablo, donde divagaban hasta la medianoche. "Era el gurú del grupo —recuerda Parra—, y frente a su autoridad intelectual sólo quedaba el recurso de defenderse mediante pullas." Otros con-

tulios eran el pintor Carlos Pedraza, el bioquímico Hermann Niemeyer, Casanova y, posteriormente, el escritor Luis Oyarzún.

En materia de amores, Parra era "el más adelantado del grupo", con actividad surtida y múltiple. Incluso hubo un intento de fuga, con Millas como intermediario entre la susodicha y el poeta. "Afortunadamente —dice Millas— no se realizó. La niña lo dejó plantado." "Falso, de falsedad absoluta —arguye Parra—, todo se debió a las fallas de Jorge como organizador de raptos."

Por su parte, Millas cultivaba "esas leseras de pololeos de barrio, con unos amores platónicos en la Plaza Yungay". Se pasaba los días suspirando y dando vueltas por una niña que nunca conoció. También

tante pasivo del Partido Socialista". En 1939 fue candidato del PS a la presidencia de la FECH, para disputársela al Partido Comunista, cuya lista encabezaban Carlos Valenzuela y el futuro senador Julio Durán.

La lista del PS ganó las elecciones y, como dirigente estudiantil, se sintió "contento y realizado", aunque le significó descuidar y casi abandonar los estudios. Tenía fama de buen orador (Parra: "Era fenomenal, un iluminado"), aunque él mismo no lo sentía así: "Algo parece que sugestionaba a la gente, aunque yo sentía que me costaba, que era artificial. Cada vez, cuando hablaba, terminaba triste, descorazonado, sintiéndome falsificado."

En esa misma época sentía el ideal de

con angustia y desaliento: ¿para qué sirve la filosofía? Si ahora pudiera retroceder en el tiempo, a lo mejor no me dedicaría a la filosofía, pero mi vocación de escritor me gustaría conservarla.

Fue becado en USA para estudiar filosofía, pero se tituló allí con un *Master* en psicología: "Quise poner un lastre en ese globo que me llevaba a la estratosfera y que fuera un apoyo real para mi trabajo filosófico. Tal como el derecho constituye un lastre de ciencia positiva."

En la U. de Puerto Rico y en la U. de Columbia fue profesor visitante; fue delegado chileno ante la Asamblea General de la Unesco (1966) y presidente de la Comisión Nacional de Cultura (1965/6); es miembro honorario de las Sociedades de Filosofía de Argentina y Perú y Académico de la Lengua. Fue presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía (1958/66) y publicó cinco obras que le valieron desde el primer premio del concurso del IV Centenario de Santiago hasta el Premio Municipal de Santiago y el *Atenea*.

Demanda y oferta

Frente a sus libros (el último, *De la tarea intelectual*, Ed. Universitaria), reflexiona que la gente lo ha leído muy poco: "Pero entre los que me leen, muchos me han testimoniado que los libros les ayudaron. Falta un efecto masivo inmediato, pero se produce una acción retardada sobre poca gente a lo largo de mucho tiempo. En mis obras nadie encuentra respuestas, pero creo que ayudan a pensar mejor los problemas, a dilatar perspectivas. Lo que sí me azora es la incongruencia entre lo que el gran público espera del filósofo y lo que uno puede darle. Me azoran las preguntas de hombres sencillos que se acercan con confianza, como al médico. Que me hacen preguntas elementales, toscas y vitales: 'Usted que es filósofo, ¿qué me puede decir de la existencia de Dios? ¿Qué es la felicidad? ¿Qué sentido tiene el sufrimiento?'"

"Mi zozobra es espiritual: la gente pide mucho más al filósofo de lo que el filósofo puede darles. ¿Qué es lo que en realidad puede aportar? Son generalizaciones. El filósofo —con las luces de la inteligencia— sólo puede ayudar a clarificar los problemas vividos. Plantea mejor los problemas que la gente vive, pero no los resuelve."

El abogado Waldo Violic recuerda a Millas como "muy inteligente y buen profesor, pero con parcela propia en la nube número 94"; a otro ex alumno de leyes lo impresionó que "hacía sentirse habiloso por la forma en que oía y ayudaba a ordenar las ideas desparramadas que se le presentaban". El propio Millas se ve a sí mismo como "orgulloso, benevolente, libertario". Pero su cualidad fundamental bien pudiera ser otra. Alguien señaló que en sus escritos se daban con frecuencia términos como *probablemente*, *quizás*, *es posible*, *tal vez*. Como hombre que piensa, sabe que los caminos únicos no existen y nunca se ha sentido poseedor de verdades absolutas. El no ser dogmático bien podría ser su mayor virtud.

HANS EHLMANN ■



CUANDO TENIA VEINTE AÑOS
Niemeyer, Millas, Luis Oyarzún y Nicanor Parra

recuerda "un amor muy de seso sorbido en el sur, de forcejeos amorosos que duraron muchos años".

En materias personales, Millas es reservado. Se casó a los 26 y anuló el matrimonio 15 años más tarde. Adoptó un hijo y quiere entrañablemente a sus dos pequeñas nietas, a quienes llama "la Abeja y la Chispa".

En la FECH

Al año y medio de estudios de historia, ingresó al recién creado Departamento de Filosofía en el Pedagógico (con profesores como Pedro León Loyola y Eugenio González) y poco después cortó los estudios de leyes, a los que retornó en 1937. Terminó por licenciarse en derecho, amén de recibirse como profesor de filosofía.

En esa época, con "actitudes cargadas de romanticismo", comenzó a actuar en política universitaria "como miembro bas-

ser un gran poeta: "Me esforzaba mucho y trasnochaba, puliendo versos con gran pasión. Alcancé a publicar dos libros de poemas, pero muy temprano me di cuenta de dos cosas: que no iba a ser un gran poeta y que no tenía destino en la política. Nunca adopté grandes resoluciones. El desapego se fue produciendo sin ruptura ni traumas y me volví a aplicar a mis estudios de filosofía."

—¿Qué esperaba de ellos?

—Nunca tuve conciencia de esperar nada. Me dejé llevar por un apetito, un impulso de hacer lo que me interesaba, un interés, un gusto y un regusto por estas cosas. El uso práctico de la filosofía iba a ser la enseñanza y la labor de mis escritos, libros que de alguna manera enriquecerían el conocimiento. Si hubiese tenido recursos de fortuna, muy temprano me retiraba de la enseñanza para dedicarme a escribir. En otro plano, me preguntaba